

visitantes de un cuadro cubierto por completo con un velo.

—¿Qué es eso?

—¡Oh! poca cosa, señor... Un antiguo retrato. Yo creo que vuestra majestad lo conoce.

—¡Qué importa! Veámoslo. Vuestros cuadros, maestro, son tan maravillosos, que cuanto más se les ve la admiración aumenta.

Un poeta del acompañamiento del rey, Mellín de Saint Gelais, como buen cortesano, se dirigió hacia el cuadro, y rápidamente levantó el velo que lo cubría.... Un rostro de mujer apareció semejante a una revelación divina.

Leonardo inclinó la cabeza con gran desaliento. El rey sentóse en un sillón y contempló aquella magistral figura largo tiempo.

El silencio fué solemne; nadie se atrevió a despegar los labios. Una especie de hechizo había impuesto silencio a esta reunión de jóvenes alegres y bulliciosos.

—Maestro, —exclamó por fin el rey, con singular acento de gravedad, —sin disputa, esta es la mujer más admirable que he visto en mi vida... —¿Quién es ella?

—Monna Lisa... Es napolitana, de una nobilísima familia. Su padre se llamaba Antonio Geraldini... Casó con Francisco del Giocondo, noble florentino, viejo ya... de bastante más edad que ella... En su país la aman la Gioconda.

—¿Cuándo la habéis pintado?

—¡Hace diez años!

—¿Y se conserva aún tan bella?

—La Gioconda ha muerto, señor.

—¡Por Dios! señores —exclamaba el rey caballero, volviéndose a su acompañamiento de poetas y cortesanos—yo deseo que ella viva y quiero que la Gioconda, resucitada gracias al genio del maestro Leonardo, sea el principal adorno de nuestro salón de fiestas. Sin damas una reunión de artistas es como una primavera sin flores. No es suficiente ver allí príncipes, grandes

capitanes, gentiles hombres e individuos del consejo y oírles hablar de guerra, del Estado, de la caza... Todas estas conversaciones llegan a cansar al poco tiempo. Sucede todo lo contrario cuando son las damas las encargadas de amenizar la fiesta.

Y prosiguiendo su proposición con la elocuencia y el encanto natural que tanto le distinguía, dijo con viveza:

—Maestro Leonardo, cuando se va a la guerra o se emprende un viaje peligroso, lo más ambicionado por un hidalgo es llevar un recuerdo de su dama. Las hermosas hacen a

los nobles de mi corte tan fuertes como sus espadas.

Yo quiero que todas las damas francesas puedan parecerse a esta Gioconda, que es maravillosamente espiritual. *Saggia e cortese, nella sua grandezza...* Maestro, os daré cuanto queráis, pero deseo adquirir la Gioconda.

—Señor, mis propósitos son no separarme de ese retrato...



La célebre «Gioconda».